

cordia; sin embargo, conserva su espada. Jesús le ha mandado que la meta en la vaina, pero no que la arroje, porque con aquella espada corta lo que no quiere ser desatado, separa lo que no puede permanecer unido, y aquellos á quienes Pedro hiere con la espada, Jesús no los resucita.

Algunos príncipes de los sacerdotes, magistrados del templo y ancianos del pueblo, fueron con la cohorte enviada contra él, y dirigiéndose á ellos el Salvador, les dijo: «¿Habéis venido á mi como á un ladrón, con espadas y palos? No obstante, yo estaba todos los días en medio de vosotros en el templo, y no me prendisteis. Verdad es que mi hora no había llegado, más héosla aquí; héos aquí vuestra hora y la del poder de las tinieblas. Esta es vuestra hora, es decir, la hora que yo os doy, yo tengo en mi mano la eternidad.» Al decir estas palabras, se puso real y verdaderamente entre sus manos, como si abdicara la fuerza soberana que les había detenido hasta entonces.

Cuando los discípulos vieron que se llevaban á Jesús, le abandonaron huyendo. Este es uno de los mayores ejemplos de la debilidad humana, y una prueba palmaria de cuán poco podemos por nosotros mismos. Aquellos apóstoles, que después de recibir el Espíritu Santo se expusieron tantas veces á la muerte para confesar á su divino Maestro á la faz del mundo, abandonárenle cobardes ante algunos ministros del templo. Habían sido testigos de la vida y milagros de Jesús, creían en él y le abandonaron. ¡Cuántos imitadores tienen al presente esos tímidos apóstoles! Hay muchos, muchísimos que veneran á Jesús en lo recóndito de su corazón, y sentirían que su doctrina desapareciera del mundo; más cuando se trata de defenderla contra agresiones injustas huyen vergonzosamente.

Apenas se apoderaron de Jesús, le condujeron bárbaramente á casa del gran sacerdote Caifás, por el pedregoso camino que costea la parte inferior del sombrío valle de Josefát, donde descuella el fantástico sepulcro de Absalón y los de Santiago y Zacarías, adornados de columnas griegas talladas en la roca. Llegados al torrente de Cedrón y en el momento de pasar el puente, precipitaron desde él al Salvador, á fin de que se cumpliesen aquellas palabras del Profeta: «Beberá del agua del torrente, después de lo cual levantará la cabeza.» Obsérvase sobre una piedra la impresión, desgraciadamente muy borrada, que se considera como la de su pie ó de sus rodillas.

Atravesado el torrente Cedrón, sube por la colina del templo, penetra en la Ciudad por la puerta Esterquilina, y termina en la casa del sumo pontífice Anás, sita en el monte Sión, dentro de la actual ciudad,

casa que después ha sido convento perteneciente á los armenios. La casa de Anás estaba tocando con la de Caifás, teniendo un patio común. Allí querían celebrar una reunión previa, no oficial, en donde se oiría á Jesús y en donde se trataría de obtener de él una palabra que pudiera perderle, una confesión que permitiese al sanedrín condenarle á muerte. Contaban, para lograr aquella confesión, con la habilidad famosa y la bien conocida astucia de Anás, depuesto entonces del sumo pontificado, pero suegro de Caifás y el alma de todo. Después de lo cual no habría más que hacer ratificar la sentencia por el procurador romano, lo cual parecía que no debía ofrecer dificultades.

Anás tomó la cosa de lejos y comenzó á interrogar á Jesús «acerca de sus discípulos y su doctrina», con el objeto de convencerle, mediante sus propias declaraciones, de conjuración y de atentado contra la religión nacional. Jesús se negó á entrar en explicaciones. Con una frase llena de dulzura y de dignidad alejó toda idea de conciliábulo secreto y se refirió á su ensañanza, que había sido pública. «Públicamente he hablado al mundo. Siempre he enseñado en la Sinagoga y en el templo en donde todos los judíos se reúnen, y nada he dicho en secreto. ¿Por qué me interrogáis? Preguntad á los que me han oído. Esos saben lo que he dicho.»

Ahora bien: en todo lo que había dicho, nada tenían que corregir; le odiaban gratuitamente y su respuesta les desconcertó, cosa que se hizo sentir en el auditorio, pues al oír esta respuesta uno de los porteros del templo le dió una bofetada, diciendo: «¿Así es como respondes al sumo sacerdote?» Jesús le contestó: «Si he hablado mal, da testimonio de ello. Pero si he hablado bien, ¿por qué me golpeas?» No se ve que los indignos jueces desaprobaban el acto de su subalterno.

Tal fué, según el resumen dado por San Juan, la primera sesión de la noche. Este resumen, muy corto, pero muy exacto, muestra que no obstante su astucia, Anás no logró conseguir nada. Resolvieron, pues, después de haber hecho atar de nuevo á Jesús, pues había sido desatado durante su audiencia, enviarle oficialmente al sanedrín, que había sido convocado á toda prisa, y el cual debía presidir el sumo sacerdote que estaba en ejercicio, Caifás.

Tres lugares notables contiene este edificio: el de la negación de San Pedro, el de la prisión del Señor y la piedra del Angel. En el patio del convento, convertido en panteón de los Patriarcas y Obispos armenios, entre cuyos sepulcros vense dos sarcófagos recientes, primorosamente esculpidos, hay un pequeño y pobre altar colocado á cierta altura del suelo, en una de las paredes sobre el lugar á donde el apóstol

San Pedro negó á nuestro Señor Jesucristo tres veces. La iglesia es pequeña, con un solo altar que ocupa el fondo del ábside sin que en toda ella se encuentre nada de verdadero mérito arquitectónico. En cambio, en dicho altar hace las veces de mesa la piedra llamada del Angel, esto es, la losa, semejante á un ruego de molino, que cerró la entrada de la cueva donde fué depositado el cuerpo sacratísimo de Nuestro Señor Jesucristo. Dicha piedra, calcárea, es semicircular, y, aunque empotrada en el altar, puede verse y tocarse por tres puntos distintos. Un fragmento de dicha piedra se conserva aún en la capilla del Angel, que sirve de vestíbulo al Santísimo Sepulcro. En el muro que forma el ábside mencionado, por el lado de la epístola, hay una puercecilla que da entrada á una celda, donde apenas caben dos personas, conocida con el nombre de Prisión de Nuestro Señor, porque allí pasó el resto de la noche del Jueves al Viernes Santo.

No obstante, ni Pedro ni Juan habían podido decidirse á dejar abandonado á su Maestro. Juan, más tierno, le siguió más de cerca, y, como era conocido del sumo sacerdote y de las personas de su casa, entró fácilmente con el cortejo. Pedro seguía un poco más de lejos, poco menos ardiente sin embargo, profundamente conmovido, pero sin conocer á nadie, y no sabiendo cómo presentarse. Juan le vió, se volvió atrás, y dijo algo á la portera, que le dejó entrar. La estancia en donde Jesús iba á sufrir el interrogatorio del pontífice se hallaba precedida de un *atrio* en donde los guardias se calentaban en torno de un brasero. Pedro que quería guardar el incógnito, pensó que lo más sencillo era ser audaz, y se juntó rosueltamente con aquellas gentes. Algún tiempo hacía que estaba allí, calentándose con ellos, cuando la portera fué allí para conversar y adquirir noticias. A la claridad de la llama, creyó reconocerle, y en voz baja dijo á los guardias: «He aquí uno que estaba con él.» Después habiéndole examinado mejor, y sin vacilar le apostrofa directamente: «Y tú, ¿no eres también de los discípulos de este hombre?» Esta viva y corta interpelación coge á Pedro desprevenido y le hace perder toda la serenidad. El contesta tímidamente: «No sé lo que me dices.» En aquel momento cantó el gallo, mas turbado por lo que acababa de decir, viendo que todas las miradas se fijaban en él, Pedro no lo oye. Se encuentra mal con aquella gente. Aquel gran fuego da demasiada luz. Aquellas miradas curiosas le estorban. Espera un poco, y desde que puede hacerlo sin llamar la atención, se aparta y va á ocultarse un poco más lejos, en la obscuridad del vestíbulo. Pedro recordó lo que Jesucristo le había dicho algunas horas antes: «Esta misma noche, antes de que el gallo cante, me habrás negado tres veces», y salió y lloró amargamente.

Los fieles levantaron una capilla en el sitio donde San Pedro fué á llorar su pecado, á corta distancia de la casa de Caifás, al extremo oriental del monte Sión, donde todavía se ve una cueva. Léese en un documento del siglo XIII: «Y desde esta puerta á mano derecha en este camino existía una iglesia de San Pedro en el canto del gallo, y en esta iglesia una cueva, donde decían que había entrado San Pedro después de negar á Jesús, y donde oyó cantar el gallo, y lloró.

Entre tanto habían convocado á los príncipes de los sacerdotes, á los ancianos y á los escribas en casa de Caifás y habían llevado allí á Jesús. Pero la dificultad era grande. Con toda su astucia, Anás, no había podido arrancarle una sola palabra que pudiera servir de base á una acusación capital. Y como Jesús se había referido á su enseñanza pública, no tuvieron otro recurso que buscar á toda prisa testigos. Habían hecho comparecer algunos cuyos declaraciones aumentaban la dificultad, porque no resultaban conformes. Por último, habían hallado dos cuyas declaraciones, referentes á una frase de Jesús, se relacionaban bastante: «Le hemos oído decir: Puedo destruir el templo de Dios y reedificarle en tres días.» «Destruiré este templo edificado por los hombres; y dentro de tres días reedificaré otro que no será hecho por los hombres.» Jesús no había dicho eso. Mas aun violentando las palabras que habían dicho, para deducir de ellas un proyecto de rebelión contra la ley, y de amenaza contra el templo, no había por qué condenarle á muerte. Jesús, por otra parte, se callaba, y todas las instancias del presidente para que se explicase sobre aquellas palabras no habían podido arrancarle una palabra.

Era, pues, necesario llegar á la verdadera cuestión, que estaba en la mente de todos, pero que dudaban proponer, á causa de su misma gravedad. El sumo sacerdote lo hizo con una solemnidad enteramente religiosa; se levantó en medio del consejo y le dijo: «En nombre del Dios vivo, te conjuro á que nos digas si eres el Cristo, el hijo de Dios.»

Hasta entonces Jesús había callado. Había esperado á que fuesen al sanedrín, ante la autoridad religiosa competente, en presencia de los príncipes de los sacerdotes, de los ancianos, de los escribas, y que se plantease la verdadera cuestión; y por más de que supiera él que su respuesta iba á costarle la vida, habló. La frase sencilla y breve que pronunció es, dice un crítico, la palabra más grande que se haya dicho en la tierra.

«Si, dice. *¡Lo soy!* Ego sum.»

Después añadió: «Un día veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios y llegar sobre las nubes del cielo.»

Los príncipes de los sacerdotes apenas se atreven á dar crédito á sus oídos. Se lo hacen repetir: «¿Eres pues el Hijo de Dios?»

«Sí, vosotros lo habéis dicho, YO LO SOY.» Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestidos diciendo: «Ha blasfemado. ¿Que más necesidad tenemos de testigos? Habéis oído la blasfemia. ¿Que os parece?» Y todos dijeron: «No se necesitan testimonios; lo tenemos de sus propios labios.» El sumo sacerdote planteó en seguida la cuestión del castigo. «¿Qué debemos hacer?» Respondieron ellos: «Merece la muerte.» Y todos le condenaron á muerte.

He ahí la sentencia del tribunal religioso. Nada hay más claro. «Jesús es condenado á muerte, como blasfemo, por afirmar que era EL HIJO DE DIOS.»

Otra sentencia iba también á cumplirse. Judas, como Pedro, había seguido los incidentes del proceso. Sentía ya el remordimiento, y viendo que Jesús era condenado, fué á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos y les llevó el dinero, diciéndoles: «He pecado, entregando la sangre del justo; pero ellos le respondieron: «¿Que nos importa á nosotros? eso va contigo.» El miserable olvidó la bondad de su Maestro, ó no quiso invocarla, consecuencia vengadora del crimen. El crimen de Judas fué también el de no tener fe y el de no creer á Jesús bastante clemente ó bastante poderoso para perdonarle. Arrojó los treinta dineros en el templo, se marchó, y se ahorcó.

Judas, por avaricia, fué instrumento del odio de los judíos, quienes le abandonaron después de servirse de él. El traidor se arrepiente.... ¡á ellos qué les importa! Va á ahorcarse.... ¡cuenta suya es! Este ejemplo debería ser lección eterna para aquellos que se enorgullecen cuando se les necesita, y vense abandonados á la desesperación cuando se han utilizado sus servicios.

Los príncipes de los sacerdotes tuvieron algunos escrúpulos sobre el dinero de Judas: era el precio de la sangre, no quisieron ponerlo en el tesoro del templo, y compraron con él un campo para enterrar en él á los extranjeros. Aquella circunstancia había sido predicha por un profeta, y Jesús vino para dar la paz á los vivos y á los muertos.

El campo que se compró con el precio de la sangre y que se llamó *Haceldama*, está al Sud de Jerusalén en un cerro, punto de unión de tres valles.

Desde que la Judea había sido reducida á provincia romana, había perdido el *jus gladii*, es decir, el derecho de condenar á muerte. Mas los judíos lo entendían en el sentido de que, si no podían ejecutarlos, podían siempre, á lo menos en materia religiosa, dar sentencias capita-

les, en lo cual no convenían, ni mucho menos los procuradores romanos. Toda la habilidad del plan concebido en la sesión de la mañana por los príncipes de los sacerdotes, consistía en conseguir que Pilatos aprobase su sentencia sin examinarla, y que la hiciese ejecutar en seguida.

Poncio Pilatos, sucesor de Valerio Craso en el cargo de gobernador de la Judea, y cuyo nombre ha servido desde entonces para calificar la cobarde condescendencia de los jueces, pasaba por hombre distinguido. Estaba versado en la ciencia de las leyes, dotado de buen sentido y de cierta rectitud de alma, pero débil y ambicioso. Además, era escéptico, como todos los romanos de entonces, y daba poca importancia á todas aquellas discusiones religiosas por las cuales tan apasionados eran los judíos. Josefo le representa como hombre iracundo y codicioso. A los dos años de la muerte del Salvador, fué destituido por Vitelio, Gobernador general de Siria, y enviado á Roma para responder al emperador de los repetidos actos de crueldad que cometiera. Desterrado por Calígula á Viena en las Galias, en su desesperación se quitó la vida.

La multitud que se hallaba en casa de Caifás, jueces y siervos, se dirigió en tumulto llevando á Jesús maniatado al palacio del Gobernador romano Poncio Pilatos. Nuestro Señor había dicho: «Vamos á Jerusalén, donde el Hijo del Hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los doctores de la ley, que le condenarán á muerte y le entregarán á los paganos.» Así la luz refulgente de las profecías, que ilumina todo aquel suplicio horroroso, no deja que ni por un instante se oculte en él la Magestad Divina.

Como esto acontecía en la víspera de Pascua (viernes 14 de Nisán, 18 de Marzo), los judíos que se habían manchado legalmente penetrando en el pretorio, y que al siguiente día no habrían podido comer el cordero pascual, se quedaron fuera. ¡Qué perfectamente se reconoce en este rasgo, además, la hipocresía de los fariseos descrita por Jesucristo! La ley no les prohibía entrar en casa de un pagano, pero sí matar al inocente; y ellos, al hacer esto último violentando la ley, la exageran con su falso respeto en lo que no importa.

En consecuencia, Pilatos subió al *Bimá* ó tribunal situado al aire libre, en el lugar llamado *Gabbatá* ó en griego *Lithostrotos*, á causa del mosaico que cubría el suelo.

La primera frase de Pilatos es la de un romano que entiende ser llamado únicamente para ratificar una sentencia dada por un tribunal regular; por esto les preguntó qué acusación dirigían contra aquel hombre, y ellos gritaron que era un malhechor, y que sino, no se le